

“GUERRA A LA VERDAD”

Mariano Chóliz Montañés  
Dpto de Psicología Básica  
Universidad de Valencia

Puede decirse que antes de que se produzca ningún muerto, la primera víctima de una guerra es la verdad.

Y es que para involucrar a toda una sociedad en la peor lacra que sacude la humanidad, como sin duda es la guerra, es necesario insuflar elevadas dosis de belicismo en los ciudadanos. La propaganda que cumple dicho objetivo, convirtiéndose, de esta manera, en un elemento esencial en la detentación del poder, tanto en los regímenes dictatoriales, como en cualquier sociedad democrática. Aún diría más: la propaganda adquiere especialmente relevancia en las democracias, ya que la permanencia en el poder de los que nos gobiernan depende de que cada cuatro años, poco más o menos, los ciudadanos ejercemos nuestro más alto grado de soberanía popular depositando nuestro voto en una urna. Y para eso deben convencernos de la bondad de sus acciones y planteamientos.

La propaganda de guerra siempre se ha utilizado en todas las conflagraciones. Hasta principios del siglo XX, los principales objetivos eran el mantener el ardor guerrero en las propias tropas y la desmoralización del enemigo. Pero a partir de la Primera Guerra Mundial y debido a la “necesidad” de intervenir en el conflicto por parte de la ya primera potencia militar mundial (Estados Unidos de América), es cuando se desarrollaron notablemente las estrategias de persuasión de la población civil para que diese su apoyo a la guerra. A tal efecto se creó la Comisión *Creel*, con la finalidad de llevar a cabo una tarea que se suponía tediosa, habida cuenta que el presidente Johnson llegó al poder principalmente por su discurso antibelicista. A pesar de ello, los resultados fueron francamente notables, generando en la sociedad norteamericana un grado de alarma y sensación de amenaza tales, que hicieron pedazos las inhibiciones sociales contra la participación de su país en los conflictos bélicos y animó a apoyar los designios guerreros de su gobierno.

En 1928, Arthur Ponsoby, *lord* inglés de familia acomodada, pero sin embargo progresista y preocupado por cuestiones sociales, estableció lo que se ha dado en llamar el decálogo de la propaganda de guerra. En su libro *Falsehood in Wartime* detalló los diez preceptos que hasta esa fecha se habían cumplido en los principales conflictos, sentencias que no eran sino falsedades emitidas sin excepción por todos los gobiernos de los bandos implicados en cualquier guerra, con la finalidad de justificar su implicación en el conflicto. Lo verdaderamente destacable es que, pese a que la propaganda ha evolucionado de forma paralela y semejante a los desarrollos tecnológicos que han hecho de las sucesivas guerras cada vez más destructivas y perversas, estos diez preceptos se mantienen incólumes desde entonces. Se emitieron desde las filas franquistas; se cumplieron categóricamente, tanto por el ministerio de propaganda del III Reich, como por parte de los aliados en la Segunda Guerra Mundial; los utilizaron los gobiernos estadounidenses y soviéticos en la Guerra de Vietnam y son de flagrante actualidad en el conflicto palestino-israelita. Actualmente podemos identificar dichas falacias en los discursos de los gobiernos de EEUU, Gran Bretaña, o España, para intentar convencer a la ciudadanía sobre la invasión de Iraq.

Creo que puede ser de un enorme interés crítico y, desde luego clarificador de la situación de sometimiento intelectual a la que estamos sujetos los ciudadanos, el leer con atención estos preceptos, reflexionar sobre el alcance de los mismos e identificarlos en la perversa utilización del lenguaje en los discursos de los principales gobernantes belicistas.

Los preceptos a los que nos estamos refiriendo y que repiten hasta la saciedad los beligerantes, son los siguientes:

1. *“Nosotros no queremos la guerra”*
2. *“El enemigo es el único responsable de la guerra”*
3. *“El enemigo es un ser execrable”*
4. *“Pretendemos nobles fines” (ocúltense los verdaderos motivos de la guerra)*
5. *“El enemigo comete atrocidades voluntariamente. Si nosotros cometemos errores es involuntariamente”*
6. *“El enemigo utiliza armas no autorizadas”*
7. *“Nosotros sufrimos pocas pérdidas. Las del enemigo son enormes”*
8. *“Los artistas e intelectuales apoyan nuestra causa”*
9. *“Nuestra causa tiene un carácter divino, o sublime”*
10. *“Los que ponen en duda la propaganda de guerra son unos traidores”*

Todas y cada una de estas sentencias se han reiterado hasta la saciedad en todos y cada uno de los conflictos, por parte de todos y cada uno de los gobernantes que pretendían implicar a la población en una guerra, con independencia de los principales motivos de la misma y de su propia justificación. El problema es que el control autoritario que ejerce actualmente el poder sobre los principales medios de comunicación, tiene como consecuencia que estos mensajes se repitan hasta la saciedad, ocultando la verdad y convirtiendo a *Goebbels*, (ministro de propaganda nazi), en un enano en temas de comunicación de masas. Y ya se sabe: *“una mentira repetida mil veces, se convierte en verdad”*.

En todas las guerras, todos los implicados activamente en las mismas, desde Bismarck a Bush, pasando por Churchill o Hitler, han pretendido nobles razones para intervenir en el conflicto. Todos pretendían conseguir la paz. La guerra no era sino un indeseado, pero necesario, método para conseguirla. Todos, incluso Hitler, decían anhelar un mundo en paz y en concordia con otros pueblos, pero tan magno objetivo era imposible de cumplir por culpa de la actitud de los gobernantes enemigos, que no atendían a estas nobles razones, al tiempo que resultaban un peligro para la seguridad, o la prosperidad de sus pueblos. En todos los casos los enemigos son calificados como personajes con intereses malvados, que no dudaban en utilizar los más perversos de los métodos para conseguir sus execrables fines, sin importarles la vida de sus enemigos, ni de la de su propio pueblo, lo cual da una idea de su naturaleza malvada. En todos los casos el enemigo utiliza métodos e incluso armamento “no autorizado”, demostrando con ello una actitud poco noble y nada caballeresca. En este punto, y en honor a la verdad, la historia nos demuestra que las armas, o estrategias militares que merecen tal consideración no han sido sino aquellas que pueden hacerles más daño, o que simplemente en las que el enemigo demuestra una flagrante superioridad. Así fueron consideradas “armas no autorizadas” en algún momento el fusil automático, la ametralladora, el submarino, o la bomba atómica. Y por supuesto, las armas químicas.

En el actual conflicto de Iraq, el discurso propagandístico de nuestro gobierno cumple fielmente con la mayoría de estos preceptos. Un resumen de disertación gubernamental, con tanta frecuencia repetida podría ser la siguiente:

*“Nosotros deseamos la paz y luchamos por ella (“Primer Precepto”), pero la culpa de este conflicto sólo la tiene una persona: Sadam Hussein (“Segundo Precepto”), un sátrapa dictador (“Tercer Precepto”), que tiene sometido a su pueblo. Comete actos ilegales voluntariamente y no dudaría en aliarse con los terroristas para causarnos graves daños (“Quinto Precepto”). Nosotros hemos utilizado todos los recursos de la diplomacia (“Cuarto Precepto”), pero se niega a cumplir las resoluciones de la ONU. La guerra es indeseable, pero es el único lenguaje que entiende este personaje, que no dudaría en utilizar armas de destrucción masiva (“Sexto Precepto”). Nuestra acción es una “guerra preventiva”. No pretendemos apropiarnos del petróleo, que pertenece a los ciudadanos de Iraq (“Cuarto Precepto”), sino que luchamos para liberar al pueblo iraquí de sus dirigentes y permitir la democratización del país (“Noveno Precepto”). Para ello nos emplearemos a fondo. No atacaremos indiscriminadamente a la población civil (“Quinto Precepto”), pero nuestra acción será contundente (“Séptimo Precepto”). Pero es lamentable que, pese a todas estas razones, la oposición ha demostrado oportunismo político, apropiándose de los nobles sentimientos de la ciudadanía que está en contra de la guerra, demostrando con ello que no tiene responsabilidad, ni sentido de estado (“Décimo Precepto”).*

Tras el análisis de este alegato belicista, por lo menos lo que se demuestra es que nuestro Gobierno peca contra el octavo mandamiento, tanto de Ponsoby, como de la Ley de Dios (aquél de “No mentirás”).